

Covid - 19

El poema del corona no invitado
viene con virus alados de sorpresa.
Vuelan alrededor,
como pájaros salvajes en un anillo irreconciliables.

Se unen como ratas oscuras
en una bodega de vidrio;
nadie puede visitar su almacén
sin ser tocado.

En las habitaciones más secretas
no tenemos acceso.
Tampoco es una persona decente
tiene preferencia.

Pero aparentemente todos están invitados;
tanto alto como bajo,
tanto queretitas como peletitas,
y también esas personas mayores
de las que nadie quiere saber:
todos las arterias débiles, que se rompen en una brisa silenciosa
y se hunden, invisibles.

Como si esto fuera algo de lo que preocuparse,
cuando estamos en cuarentena
y mirando a nuestros amados hijos
con la boca abierta y los ojos descuidados.

No es fácil estar presente
ni como miembro de la asociación
de inmunidad, humanidad y sentido de responsabilidad.

Ninguna autoridad me ha abrazado todavía.
Los directores generales están corriendo
en pasillos escondidos,
para hablarnos justo detrás de vidrio y plástico.

Alguien allá arriba no nos quiere
cuando nos deslizamos dentro de nosotros mismos,
como víctimas suspendidas en un rito médico.
Crucificado en una morada de acero y hormigón,
rodeado de restricciones
acaba de llegar una nueva ciencia.

Estamos aquí como huéspedes no invitados.
Alguien deja caer una lágrima sobre la piel sudorosa.

Aún así, aquí dentro está tranquilo.
Nadie se mueve.
Nadie viene y se va.
Casi nadie habla o escribe.

Es entonces ahí cuando viene:
el poema corona,
quien sostiene la muerte y la vida en su mano.

Hans-Evert Renérius
Suecia/Mallorca

(Traducción del sueco de Hebert Abimorad)